

LA ALIMENTACIÓN Y EL FUTURO EN UN PAÍS “RICO”



Por Rubén Torres

Durante el siglo recién pasado fuimos testigos de trascendentes cambios en la historia de la humanidad, inducidos

por una verdadera revolución de los conocimientos. En el mundo desarrollado continuará la rápida producción de nuevo conocimiento, que llevará a la aplicación de nuevas y complejas tecnologías.

La economía mundial, como consecuencia del perfeccionamiento de las comunicaciones y la capacidad de desplazamiento del hombre y sus productos, va a llevar a una mayor globalización y a una interdependencia colectiva. Los países capaces de generar eficientemente los conocimientos verán mejorar progresivamente la calidad de vida de sus poblaciones; los que no sean capaces de generarlos ni adaptarse, persistirán en el subdesarrollo. De este modo se incrementarán las diferencias entre los que viven bien y los que viven mal. En esa sociedad del conocimiento cambiarán las relaciones entre el capital y el trabajo, y no cabe esperar ayuda de los países desarrollados.

Actualmente el mundo se divide entre los países innovadores tecnológicos (10 patentes o más por millón de habitantes), generadores de conocimiento (exportaciones de 2% o más de alta tecnología) que tienen el 10% de la población total y son propietarios del 99% de las patentes, y los tecnológicamente excluidos, con 50% de la población

y sin propiedad de patentes. En el medio están los adaptadores tecnológicos, que no han generado conocimiento, pero han aprovechado el conocimiento de otros, representan el 40% de la población y que poseen el 1% de las patentes. Entre los innovadores tecnológicos están Estados Unidos, Europa y Japón; entre los adaptadores están los países del sur de Sudamérica, México y Sudáfrica; entre los tecnológicamente excluidos está toda África.

Modificar esta situación requerirá básicamente de cambios en la estrategia económica con libre mercado y abierta al mundo, construcción de una infraestructura científico-tecnológica para optimizar la inserción internacional, cambios sustantivos en el sistema educacional, en todos los niveles, y recuperar el recurso humano dañado por generaciones de pobreza, marginalidad y desnutrición.

El ser humano tiene el cerebro más inmaduro al nacer, comparado con el resto de los mamíferos. Nace con un total de neuronas y un cerebro muy pequeño (dado que el desarrollo de la inteligencia humana requiere un cerebro mucho más grande, este no podría pasar por la pelvis), que se desarrolla rápidamente después del nacimiento (a los 6 meses alcanza la mitad de su peso definitivo y a los 18 meses, casi los dos tercios).

Cuando nace un ternero o un potrillo, a los pocos minutos se para en cuatro patas, comienza a caminar y coordinar sus movimientos, pero el ser humano debe pasar

DESDE HACE AÑOS, LOS DATOS REFUTAN Y PULVERIZAN ESE SENTIDO DE SUPERIORIDAD. NO SOMOS UN PAÍS RICO, RICOS SON LOS PAÍSES QUE OFRECEN UN NIVEL DE VIDA ALTO A SUS CIUDADANOS. HA LLEGADO EL MOMENTO DE PREGUNTARNOS HUMILDEMENTE SI OTROS PAÍSES “RICOS” SUFREN IGUAL NIVEL DE PRIVACIÓN

más de tres años antes de lograr una coordinación motora aceptable y el desarrollo del cerebro se completa recién en la pubertad, cuando finaliza el proceso de arborización que logra que se interconecten los 100.000 millones de neuronas que en él existen. Ese cableado cerebral se desarrolla por estímulo del contexto vital más que por causas genéticas, de modo que, si aquel no es adecuado, el individuo no podrá responder a las exigencias de una sociedad que demanda cada vez más de las personas.

Hace varios años se publicaron en *Science* ilustraciones (de transiluminación), del grado en que las condiciones de malnutrición atrofiaban el cerebro, que dieron la vuelta al mundo y lo sorprendieron. Tiempo después esto se ratificó mediante escáner, y una serie de estudios realizados, tanto en animales de experimentación como en niños sometidos a situación de abandono y malnutrición, demostraron la presencia de alteraciones químicas, morfológicas, metabólicas bioeléctricas y funcionales de este órgano.

Los estudios en animales de experimentación confirmaron el efecto de la desnutrición precoz en el desarrollo posterior del individuo observando que los malnutridos en los primeros 10 días llegaron a la etapa de madurez con un evidente retraso con respecto al promedio esperado, es decir, no se recuperaron nunca más, y estudios efectuados en poblaciones marginales demuestran el daño en las condiciones intelectuales de la población, vinculadas a la alimentación.

En la Argentina de hoy 18,8 millones de personas son pobres, y casi cinco están en una situación mucho más grave: no pueden comprar alimentos. Con 4 de cada 10 personas pobres y una de cada diez indigente, el problema de la inseguridad alimentaria afecta incluso a la ciudad más rica: 7,5% de

EN LA ARGENTINA DE HOY 18,8 MILLONES DE PERSONAS SON POBRES, Y CASI CINCO ESTÁN EN UNA SITUACIÓN MUCHO MÁS GRAVE: NO PUEDEN COMPRAR ALIMENTOS. CON 4 DE CADA 10 PERSONAS POBRES Y UNA DE CADA DIEZ INDIGENTE, EL PROBLEMA DE LA INSEGURIDAD ALIMENTARIA AFECTA INCLUSO A LA CIUDAD MÁS RICA: 7,5% DE LOS HOGARES DE BUENOS AIRES

los hogares de Buenos Aires experimentó riesgo alimentario, según el Observatorio de la Deuda Social de la UCA.

A mitad de año, el ingreso per cápita del decil más pobre de la sociedad argentina era de unos 50 dólares (al inexistente cambio oficial), mientras que, en el extremo opuesto, el más rico tenía ingresos 25 veces superiores, unos 1370 dólares. El salario mínimo es de unos 300 dólares, menos de la mitad de lo que necesita una familia con dos hijos para pagar la canasta básica (alimentos, vestimenta, transporte, educación y salud), sin contar el alquiler. Y prescindiendo de la pandemia, seguimos lejos del 32,2% de pobreza de hace cinco años y del 24,7% de una década atrás.

En un contexto altamente inflacionario, la mayor proporción de gastos alimenticios implica una creciente dificultad para poder alcanzar el consumo adecuado de alimentos, y se traduce en situaciones de inseguridad alimentaria. Sin duda, la problemática habría sido mucho más grave sin los programas de asistencia alimentaria, en los cuales se invirtió un promedio anual de \$15.708 millones (a pesos constantes de 2019) entre 2002 y 2019, aunque a pesar de eso, de cada cuatro chicos, sólo uno come todos los días.

Seguimos en la falaz creencia de que somos un país rico, por recursos naturales y genealogía europea que nos marcan un destino de grandeza y recrean el mito de la superioridad argentina, cuando una nación se valora en términos de desarrollo tecnológico y calidad institucional. Desde hace años, los datos refutan y pulverizan ese sentido de superioridad. No somos un país rico, ricos son los países que ofrecen un nivel de vida alto a sus ciudadanos. Ha llegado el momento de preguntarnos humildemente si otros países "ricos" sufren igual nivel de privación. 